

Manuel de Tuya

LA HUIDA A EGIPTO Y MATANZA DE NIÑOS EN BELÉN.

LA HUIDA A EGIPTO. 2,13-15

No dice el texto que la noticia de la partida de los Magos hubiese llegado a Herodes inmediatamente de su marcha.

Pero el cielo interviene para salvar al niño. El «ángel del Señor» se apareció a José en «sueños». Esta debe ser la noche siguiente a la partida de los Magos, pues Mateo dice que esta aparición fue cuando «habían partido». Y el ángel le notifica la necesidad de ponerse en salvo, pues Herodes va a buscar al niño para matarlo. El aviso se da a José como protector de la Sagrada Familia y padre (legal) del niño. El aviso, además, es una orden: «Toma al niño y a su madre y huye a Egipto». El término es expresivo: «huye». Los planes de Dios en la obra de su Hijo encarnado son «redentores». No es el milagro lo que le hace la vida fácil. Esta sola expresión es la mejor condena de toda la literatura apócrifa que hace de este viaje un camino triunfal: leones que se amansan a su paso, palmeras que se inclinan para darles sombra y proporcionarles con sus dátiles alimento, los ídolos de Egipto que se rompen ante la presencia del niño Dios.

La orden fue cumplida inmediatamente, pues José, «levantándose de noche..., partió para Egipto».

Pocas cosas tan fuertes como esta «huida» de la Sagrada Familia. Un rey que es un tirano y un loco, hace «huir» a Dios, a la madre de Dios y a su padre *legal, en una jornada de unos cinco días por un desierto, para salvar su vida.

Egipto era el país clásico de refugio político. Era provincia romana, gobernada directamente por un prefecto, y fuera, por tanto, de la jurisdicción de Herodes. Toda injerencia en ella por parte de Herodes podría acarrearle serias represalias políticas. En los primeros años de la era cristiana, los judíos tenían colonias florecientes en Alejandría y Heliópolis. En Alejandría ocupaban dos de los cinco barrios de la ciudad. Filón calculaba en un millón los judíos que vivían en Egipto. Allí formaban corporaciones ricas y altruistas que prestaban socorro a sus conciudadanos. J. Juster enumera una larga lista de ciudades egipcias en las que moraban colonias de judíos. La providencia de Dios los lleva a un lugar políticamente (seguro, Egipto, y los pone entre colonias de sus conciudadanos. Así podrían ser atendidos por ellos, vivir su vida y hablar su lengua.

De Belén a Egipto tenían dos caminos. Uno el ordinario, por la vía de la costa, hasta llegar al Waddi el-Arish, el «torrente de Egipto», que era el límite. Iba por Ascalón y Gaza, en la Filistea, y seguía después por Raphía hasta Casium y Pelusa. Era el más ordinario y el más fácil. El otro era

internarse en el desierto por Hebrón y Berseba, para tomar algunos caminos secundarios que los adentrasen en Egipto. ¿Qué ruta tomaron? Se piensa que por el desierto, ya que tomar la vía de la costa, que era la más fácil y ordinaria, también era la más peligrosa, pues la podría vigilar especialmente la policía de Herodes si se descubría o sospechaba la huida de alguno de Belén. De Belén a El Cairo hay unos 500 kilómetros, lo que supone, a pie o en caravana, unos catorce días de camino. ¿Dónde se estableció la Sagrada Familia? No se sabe. En el viejo Cairo se muestra la iglesia copta de Abu-Sargah como lugar de residencia de la Sagrada Familia; otras tradiciones señalan el monasterio de Koskám, cerca de Asmuniaím, en el medio Egipto. Otra tradición, que parece llegar hasta el siglo V, los hace remontar el Nilo hasta llegar a la ciudad de Hermópolis, en el alto Egipto. Todas estas tradiciones están desprovistas de verdadero fundamento histórico.

San José «recibió» la orden de permanecer allí hasta nuevo aviso del ángel. Al nuevo aviso de retorno, Mateo dice que se cumpliría lo que había pronunciado el Señor por su profeta: «De Egipto llamé a mi hijo». La cita es del profeta Oseas (11,1). En sentido «literal», esta frase de Oseas se refiere a que Yahvé, por amor, «llamó», sacó a Israel de la cautividad y destierro de Egipto. Esto en Oseas no es una profecía, sino una exposición del amor de Yahvé a Israel, su pueblo, «su hijo». Mateo, que en su evangelio está destacando el cumplimiento de las profecías mesiánicas del A. T. en Cristo, ha visto en esta escena evocada por Oseas una semejanza de situaciones que le permite evocar ante ello las palabras del profeta. Piensan algunos autores que Mateo lo aplica en sentido «típico». Sin embargo, no hace falta recurrir a este sentido. Puede explicarse muy bien por un procedimiento usual rabínico, «de minore ad maius». Si Oseas pudo decir eso de Israel, «mi hijo», esto mismo podía decirse *ua fortiori*, puesto que Dios lo hacía con más amor y llamaba de aquel destierro a su verdadero Hijo. La fórmula que para esto usa Mateo griego: «a fin de que se cumpliese lo dicho por el profeta», no tiene necesariamente en la *koiné* ni en Mateo un sentido de finalidad, sino que puede tener el sentido amplio de cumplirse así aquello dicho por el profeta por cierta semejanza con el caso presente.

MATANZA DE NIÑOS EN BELÉN. 2,16-18

Cuando al cabo de dos o tres días, en que el retorno de los Magos no se hizo, según lo convenido, produjo esto en Herodes una de esas reacciones habituales y brutales en él. Considerándose «burlado» por aquellos Magos, «se irritó grandemente». Se mezclaron en él lo que consideró injuria burlesca y temor de alguna posible conjura. Y el zorro se transformó en lobo. Y temiendo en una con-jura solapada de tipo mesiánico como las que hubo en su misma corte o que pudiese quedar alguna semilla de aquella expectación o conjura, dio la orden brutal de que se «matase en Belén y su término a todos los niños de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los Magos».

Esta reacción es un caso normal en aquella psicología patológica de Herodes. Este no tenía otra obsesión que conservar su trono. En orden a esto sacrificaba cuanto fuera necesario. El crimen era para él una medida política

normal para mantenerse en aquel trono, que, además, era usurpado. Así, según cuenta Josefo, mandó matar a su yerno José, a Salomé, al sumo sacerdote Hircano II, a su mujer, a la que, por otra parte, idolatraba, la asmonea Mariamne; al hermano de ella, Aristóbulo; a la madre de éstos, Alejandra; a los mismos hijos de él: Alejandro, Aristóbulo y Antípater—a éste cinco días antes de su misma muerte—; a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada también Salomé, a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido ciertas esperanzas mesiánicas; y hasta hizo que se encerrase en el anfiteatro de Jericó a todos los nobles judíos, y dio la orden de que a su muerte se los matara a todos a flechazos, aunque, estando prisioneros, la orden no se cumplió. En este ambiente de crimen, nada significaba para Herodes el dar la orden de matar un grupo de pequeños aldeanos, máxime cuando el mismo Josefo cuenta que, cuando hizo encerrar en el hipódromo de Jericó a los nobles judíos para que se los «matase» a su muerte, «quería ensañarse cruelmente en todos, lo mismo en los culpables que en los inocentes».

El evangelio no dice que toda esta matanza de niños fuese el mismo día ni con el aspecto simultáneamente trágico con que lo representa el arte.

La orden de Herodes fue de matar a estos niños en Belén y «en su término». La expresión usada indica bien que se refiere, no a otros pueblos circunvecinos, sino a lo que constituía el radio de Belén: el núcleo del pueblo y sus pequeños suburbios.

Sobre el posible número de estos inocentes niños asesinados se han dado cifras puramente fantásticas.

Como cifra normativa se puede tomar la frase de Miqueas. En tiempo de Miqueas, Belén era «pequeña» entre las ciudades de mil habitantes. Se podría suponer normativamente que, tanto en tiempo de Miqueas como en tiempo del nacimiento de Cristo, Belén pudiese tener sobre 1.000 habitantes. Concretamente, Belén en 1940 tenía 7.000 habitantes. Y desde el 1 de abril de 1938 al 1 de abril de 1940 nacieron 561 niños; de éstos, 262 varones y 299 hembras 21. Si Belén tenía en los días del nacimiento de Cristo unas 1.000 personas, le correspondería en dos años el nacimiento de unos 80 niños. Pero, siendo el índice de mortalidad infantil en la actualidad casi la mitad antes de llegar a los cinco años, y siendo aproximadamente igual el número de nacimientos de niños y niñas y suponiendo que Herodes no tuviese interés en mandar matar a las niñas, acaso se pueda aceptar como verosímil el número de estos niños inocentes en unos 22.

La Iglesia los venera por santos y como a mártires. De ellos dice bellamente San Agustín que «con razón pueden llamarse primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer soplo de la persecución, ya que no sólo por Cristo, sino en vez de Cristo, perdieron la vida»

Ante aquella crueldad, dice Mateo se cumplió lo que dice Jeremías:

Una voz se oyó en Ramá,
lamentación y gemido grande:
es Raquel, que llora a sus hijos
y rehúsa ser consolada, porque no existen.

La cita es de Jeremías (31,15). Históricamente, este pasaje de Jeremías se refiere a la escena de las concentraciones de judíos que Nabucodonosor hizo en Ramá para ser deportados a Babilonia (Jer 40,1; cf. 31,18-20). Ramá estaba enclavada en la tribu de Benjamín; corresponde a la actual er-Ram, a unos nueve kilómetros al norte de Jerusalén 23, y Jeremías, por una figura retórica oportuna —prosopopeya—, había evocado a la madre de Benjamín y José, Raquel, que, además, era considerada como uno de los grandes antepasados del pueblo de Israel, y la evoca como llorando a estos prisioneros que marchan a la cautividad. La evocación se hacía además geográficamente muy oportuna, porque, según una tradición (1 Sam 10,2), su tumba se encontraba en estos parajes.

Sin embargo, cabría preguntarse por qué Mateo evoca ahora este pasaje, puesto que la matanza de estos niños tiene lugar en Belén, que está enclavado en la tribu de Judá, como el mismo Mt dice (2,1). Y Raquel no era madre de Judá, sino que éste era hijo de otra mujer de Jacob, llamada Lía (Gén 29,35).

Mateo sabe que no se trata del cumplimiento de una profecía, pues se trata de una escena histórica referida por Jeremías y evocado este pasaje poéticamente por él. Raquel fue siempre considerada como uno de los grandes antepasados de Israel. Y la analogía de situaciones —castigos en el pueblo de Israel—le permitía reevocar la escena literaria de Jeremías. Así, en este sentido amplio, Raquel podía llorar a estos hijos suyos inocentes. Pero la evocación de Mateo se hacía más natural, ya que había otra tradición según la cual el sepulcro de Raquel se encontraba (en el camino de Efrata, que es Belén» (Gén 35,19). En esta evocación de Raquel se quería personificar el duelo nacional ante aquel crimen.

EL RETORNO A NAZARET. 2,19-23

La tercera sección de este capítulo expone el retorno de la Sagrada Familia de Egipto, y justifica el motivo histórico de este retorno y hace ver luego cómo con ello se cumplía también un anuncio profético mesiánico, según el cual Jesús había de ser denominado «Nazareno».

Después de la muerte de Herodes, otra vez el ángel del Señor se aparece «en sueños» a José en Egipto, para ordenarle la vuelta a Israel, conforme le había dicho, porque ya «habían muerto los que atentaban contra la vida del niño».

Herodes murió poco antes de la Pascua del 750 de Roma.

Según el aviso del ángel, habían muerto «los que atentaban contra la vida

del niño». Naturalmente, la forma plural aquí empleada no alude a otras gentes interesadas en la muerte del niño, máxime una vez muerto Herodes. La forma plural no es más que una reminiscencia literaria del libro del Exodo, cuyo estilo literario tantas veces influye en las redacciones. Allí se dice a Moisés, que estaba escondido en Madián: «Ve, retorna a Egipto, pues ya han muerto los que buscaban tu vida» (Ex 4,19), que era, como el texto dice, el faraón (Ex 2,15.23).

Herodes nombró en su testamento a Arquelao, hijo suyo y de su mujer la samaritana Maltace, heredero del trono de Judea con el título de «rey», aunque el César sólo le concedió el título de «etnarca».

Ya desde el comienzo de su gobierno, incluso antes de ser con-firmado por Augusto, Arquelao mostró una gran crueldad. Pocos días después de la muerte de Herodes, Arquelao hizo aplastar en el mismo atrio del templo una sedición popular, causando tres mil muertos. Nueve años después tuvo que ser depuesto por Augusto, a causa de sus violencias, a petición de sus súbditos, pasando Judea a ser provincia romana, y siendo él desterrado a Viena, de Galia.

Esto explica bien la conducta prudente de José de no ir a vivir a Judea, seguramente a Belén, ya que caía bajo la jurisdicción de Arquelao, y siempre era un peligro para el niño el estar al arbitrio de aquel déspota.

Por eso se viene a establecer a Nazaret, donde habían vivido, que estaba en Galilea, y que había sido dada por Herodes, y con-firmada su decisión por Augusto, a Antipas. Este, a pesar de su sensualidad y astucia, era de tendencias muy distintas, y se mostró benévolo en su gobierno.

Nazaret en la época de Cristo era un villorrio insignificante, que no es citado nunca, fuera de los documentos cristianos, hasta el siglo VIII d. C., en una elegía judía de Kalir

Cuánto tiempo haya durado la estancia de la Sagrada Familia en Egipto no se sabe. Herodes murió sobre la Pascua del 750 de Roma. Arquelao fue allá a obtener la autorización del César, y volvió en el otoño del mismo año. Como no se sabe el tiempo transcurrido entre la matanza de los Inocentes y la muerte de Herodes, no es posible hacer un cálculo. Acaso pueda cifrarse su estancia en algo más de un año.

EL SENTIDO PROFÉTICO DE LLAMARSE NAZARENO

Según Mateo, esta ida de Jesús a Nazaret se hizo, en sus altos motivos, «para que se cumpliese lo dicho por los profetas: que sería llamado Nazareno».

El problema que esta afirmación de Mateo crea es clásico, y aún no se propuso una solución definitivamente satisfactoria. Pero, no encontrándose esta «profecía» en la Escritura, son varias las soluciones que se han

propuesto. Se trataría de una interpolación que, por efecto de una glosa primitiva, pasó luego al texto; o de una profecía perdida; nazareno estaría como sinónimo de despreciable, atendiendo a lo insignificante de Nazaret; estaría en función de la raíz (netser), «retoño», evocándose así el anuncio mesiánico de Isaías, etcétera.

Probablemente, y reconociéndose lo problemático aún del tema, parece que aquí se trata de un caso de simple valor literario, no estrictamente profético (al modo que Mateo evocó el lamento de Raquel sobre los Inocentes), y que está construido sobre el juego de palabras, tan del gusto oriental, entre Nazaret y Nazoraíos, evocándose con ello, más que el desprecio, el «retoño» (netser) mesiánico de Isaías o el «retoño» (tsemah) de los profetas, y con lo cual Mateo, en su evangelio de tesis mesiánica, destacaba por este procedimiento, una vez más, y por un nuevo motivo, el valor providencialmente mesiánico de Cristo, al venir a establecerse en Nazaret. Allí iba a crecer este «retoña» y de allí salir para su obra mesiánica.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964, p. 1114-1118)